



CAPÍTULO VII

Mallorca formando parte de la monarquía española
en los siglos XVI y XVII

AL pasar el reino de Mallorca de súbdito de Aragón á súbdito de España, no variaron sustancialmente en bien ni en mal las condiciones de su dependencia. No por tener más lejos al soberano, ni por repartir éste sus cuidados entre más extensos dominios y más colosales y múltiples empresas, ni por disponer de más poderosos recursos, experimentaron por punto general las apartadas islas aumento de protección ó de abandono, de beneficios ó de vejámenes, de prosperidad ó de abatimiento, cual pudiera resultarles de estas contrapuestas circunstancias; compensáronse daños con ventajas hasta el punto de que parecieran transcurrir estérilmente los siglos y renovarse las dinastías. Á ruinosas guerras de conquista las tenía acos-

tumbradas desde el xiv la aragonesa, y todavía más en el xv la castellana, transfiriendo la corte al suelo italiano, y devolviéndoles en pro de su defensa nada más que una porción insignificante de los esfuerzos y sacrificios que en servicio de ajenos intereses y de ambiciosos planes les reclamaban; y al abismarse, por decirlo así, en el imperio sin orillas de Carlos V, venían ya preparadas durante cuarenta años á que en el despacho de sus sencillos negocios y humildes querellas les hiciesen competencia, como en los consejos del rey Católico, las atenciones de dos mundos. No les cogía de nuevo pues la indiferencia de los gobernantes, ni la lentitud de los remedios, ni la enormidad de los subsidios, ni la necesidad de continuos y dispendiosos mensajes al trono para cada asunto; sólo que bajo la dinastía austriaca perdió Mallorca el honor, que no había ya obtenido del gran Fernando, de conocer personalmente, como solía suceder con los pasados, de infantes cuando no de reyes, mediante una ó dos fugaces visitas, á aquella serie de monarcas avara de viajes y expediciones, excepción hecha del glorioso César; tanto en España se connaturalizaron á pesar de su alemana procedencia.

Continuaron, aunque modificadas según el espíritu y mudanzas de los tiempos, las tres plagas endémicas del país, á saber: las carestías originadas del déficit de las cosechas que las más veces no llegaban á los dos tercios y muchas á la mitad del consumo necesario, acrecentando anualmente con la provisión de trigo forastero la masa de la deuda pública, y con el repartimiento de él las quejas y los escándalos; las parcialidades, más de familia que políticas ó sociales, que disputándose los cargos de gobierno y organizando ambiciones y venganzas, irradiaban desde la capital hasta la última aldea, sembraban de asesinatos caminos y calles, y poblaban riscos y cuevas de bandidos; y las incursiones de corsarios, infieles ó cristianos, extranjeros ó nacionales, tanto castellanos y vizcaínos como de la misma corona y aun paisanos alguna vez, pesadilla eterna de navegantes y mercaderes en el mar, asidua amenaza de hostiles desembarcos

en la costa desde la más desierta cala hasta el vigilado Portopí, desde tentativa de audaz galiota hasta el amago de formidable escuadra, para llevar tierra adentro la desolación y el estrago. La situación se hizo intolerable con la pujanza adquirida en el Mediterráneo por el famoso Barbarroja, que mantenía en continua zozobra, bloqueadas por levante y poniente, las mal pertrechadas Baleares: no daban tregua las alarmas, y la situación de las villas, edificadas ya preventivamente á gran distancia del mar, no las preservaba de piráticas invasiones. Si Pollensa en 1531 mandó á la capital algunas cabezas de turcos de veinte que les mataron rechazando seis buques denodadamente, Santaní y Andraig veían arrebatarse de su propio seno á sus vecinos cada vez que no se les daba tiempo de guarecerse en las torres. Á los incesantes y lastimeros clamores acudió alguna vez con auxilios el generalísimo Andrés Doria, y el mismo emperador atendiéndolos acometió en 1535 su afortunada expedición contra Túnez, honrando á la ida con su visita en los primeros días de Junio á la fiel Alcudia, cuyos sacrificios pagó con minutos de presencia (1); pero echado de su reciente conquista Barbarroja, aprovechó su derrota misma para sorprender, cuando menos se le temía, la plaza de Mahón con veinte y dos galeras y otras nueve embarcaciones (2). Puso cerco á la villa, y por mucho que se apresuraron en acudir al socorro los demás pueblos de Menorca y en desembarcar por Ciudadela trescientos mallorquines

(1) Si no lo aseverara algún cronista y no se designase aún la casa donde se alojó Carlos V, que fué la del sacerdote Jerónimo Moragues, sería casi controvertible su detención en Alcudia; tal silencio guardan acerca de ella los documentos, á excepción de una determinación de consejo en 10 de Mayo, que anunciándola como probable se ocupa del obsequio que ha de hacersele. La fecha de aquella se aviene con la salida de la real armada del puerto de Barcelona en 30 de Mayo.

(2) Mut, no sé con qué fundamento, habla del engaño que sufrieron los mallorquines tomando la escuadra de Barbarroja por la imperial, á cuya vista redoblaron los regocijos con que celebraban la expugnación de Túnez, y del que á la vez experimentó con tantos fuegos el pirata creyéndolos avisos de prevención contra sus ataques, con lo cual enderezó á Menorca el rumbo. *Se non è vero, è ben trovato.*

al mando de Juan Miguel de Sant-Martí (1), encontraron rendida ya y saqueada la población, y cautivos en masa sin distinción de edad ni sexo sus habitantes por pacto de algunos que, mirando cobardemente por su indemnidad privada, perdieron el honor y después la vida en afrentoso suplicio. Ya no se fabricaban galeras en Mallorca, y lo que más se podía era ayudar para la construcción de una ó dos con dos mil ducados. En los muros de la ciudad siempre reparados y siempre débiles, en el fortín de la extremidad del muelle para el cual se presupuestaban tres mil jornales, en la artillería indispensable para defensa de Bellver, en la reedificación del castillo de Cabrera, en el sueldo de compañías estacionadas, se invertían abrumadoras sumas, hasta recargar con seis mil libras la mole de censos adeudados. Tan poco influyó en limpiar los mares la gloriosa presa de Túnez para los desgraciados isleños, que ni á pescar se atrevían y desamparaban anchamente sin cultivo su marítima zona, quejándose de que no les resguardaran de cerca las águilas imperiales que dilataban sus triunfos por el orbe entero.

Todavía más funesto al país era el espíritu de bandería que en él se perpetuaba. Suelen las violentas crisis, una vez pasadas, llevarse de carrera los achaques crónicos y purificar la viciada sangre: no sucedió así con la germanía respecto de las hondas divisiones que trabajaban la alta y las inferiores clases, la ciudad y las campiñas. Si no alcanzaron á sofocarlas el supremo trastorno y el común peligro que imponían á todo trance unidad y concordia, ¿cómo no habían de retoñar ó más bien seguir después de restablecido el orden, si tal puede llamarse el desorden normal de aquellos tiempos? Ni más ni menos que en

(1) Tenía además contratados la universidad unos ciento y veinte castellanos de la armada del marqués de Mondéjar, que hizo innecesarios la caída de Mahón; enviáronse igualmente municiones y artillería, y fueron á sus particulares expensas algunos caballeros, y por jefe en lugar del virrey Pérez Figuerola su hijo don Pedro, quien más que de la defensa de la villa, hubo de cuidar del castigo de su entrega.

el período de las revueltas, cruzaban la isla en años posteriores cuadrillas de desmandados, en cuya persecución, que no en la de insurrectos, pereció hacia el 1527 mosén Bernardo Albertí, hermano del ilustre Arnaldo inquisidor y obispo de Pati. Era el gobierno una campaña permanente, una batida sin tregua á las guerrillas de bandoleros, en la cual se distinguió, hasta agotar las fuerzas y la salud, el virrey Pomar, acosando de comarca en comarca atentados y crímenes, cuya enormidad y frecuencia se refleja en la de los castigos. De su actividad y justicia hácese lenguas los jurados en la cuenta que de las cosas públicas dan al soberano anualmente al entrar en su oficio; sino que á propósito de la pena capital aplicada al caballero Bernardo Morey en Febrero de 1531 (1) echaban de menos mayor observancia de las franquicias, que el celoso lugarteniente no comprendía hubiesen de servir de rémora á las órdenes del monarca. Acabó con él la enfermedad en 1533 á 8 de Setiembre, y durante los ocho meses que tardó en presentarse su sucesor Jimén Pérez de Figuerola, no pudo darse de vagar en la represión de los malhechores Gregorio Burgués, que en calidad de procurador real rigió interinamente. Figuerola á sus dotes de letrado reunía condiciones militares, que acreditó en cuatro años de mando con sus diligentes aprestos; y tan extensiva se hizo á su familia la confianza general en él puesta, y tal era por otro lado la repugnancia de los nobles indígenas en someterse á un igual suyo, que se solicitó le sustituyera en ausencias é incapacidades su hijo Pedro con preferencia á cualquier otro. No obstante, al cesar con la vida su gobierno en 22 de Enero de 1538, no dejó más asegurado el sosiego ni más descansada tarea al nuevo elegido Felipe de Cervellón, y aunque no derivase de causas políticas la perenne inquietud, y surgieran de las costumbres

(1) Dió nombre á la calle la casa de esta familia, en la cual le sucedió la de Pachs Fuster, y es hoy la del conde de Ayamans. No se ha averiguado hasta aquí la causa de tan rigurosa sentencia.

más que de las ideas los delitos reproducidos en venganzas, es imposible no reconocer con los jurados de 1539 «cuanto se había perdido desde el tiempo de la germanía el respeto de los hombres populares á Dios y á S. M., y la mayor dificultad de enfrenar sus maldades.»

Tal era precisamente la situación en que encontró al oculto é ignorado reino el más poderoso de sus monarcas, al tomarlo por punto de partida para su descomunal expedición contra Argel en Octubre de 1541. Para él había citado las escuadras de sus varios dominios; y precedido de príncipes y magnates, súbditos todos suyos aunque de naciones diversas, un mes más tarde de lo anunciado por Doria, llegó el 13 á Mallorca capital, cuyo antiguo nombre de *Palma* recordaron entonces por primera vez en sus inscripciones los eruditos. Admiróle desde la bahía su aspecto, preguntando á su almirante si era tan buena como parecía. Mejor le pareció, cuando disipado el humo de las salvas de los baluartes y de las galeras que le aguardaban y de las cuarenta que le seguían, dejaron verse de cerca las murallas, las torres, los más insignes edificios empavesados de flámulas y banderas. Recibido á bordo el homenaje de los jurados que vestían sus purpúreas gramallas de raso forradas de terciopelo, saltó á tierra Carlos V, esquivando á causa del luto que por muerte de la emperatriz guardaba, atravesar el soberbio puente en mitad del muelle construído y cubierto de emblemas y divisas, y aceptar el caballo enjaezado de grana y oro, que entregó á su caballerizo mayor, montando en otro enlutado. Cuatro de los jurados y ocho caballeros sostenían las varas del riquísimo pabellón de tela de oro, debajo del cual se colocó, seguido de la más ilustre comitiva de sus próceres y capitanes y del patriciado de la tierra con ellos confundido. Á la entrada de la puerta del Muelle felicitáronle desde lujoso catafalco en versos latinos el inmortal Raimundo Lull y Santa Práxedes y la ciudad personificados en un mancebo y dos doncellas; y agradecido á las aclamaciones que partían de calles, ventanas y azo-

teas, volvióse á todos lados para ver y ser visto. Admiróle la belleza de la Lonja, preguntando si era iglesia, y entró en la calle de San Juan por debajo de un magnífico arco, sembrado de estatuas y alegorías con que expresaba el decaído comercio sus lamentos y sus esperanzas. Al desembocar en el Borne por la calle de San Felío, «oh! qué buenas calles y paredes! exclamó, cómo parecen bien! ¿Son tan buenas dentro como fuera?» Y respondiéndole que mejores, añadió: «será tan grande esta ciudad como Barcelona.» Sorprendióle el aparato y bullicioso estrépito de la casa del oficio de pelaires, alabó la fachada del malogrado templo de Santo Domingo, detúvose ante la plaza de Cort llena de damas como el Borne, y otorgó gracia á los presos que agitaban sus cadenas implorando misericordia. Pasado otro excelente arco de dórica arquitectura, siguió por la plaza de Santa Eulalia y calles de Morey, San Pedro Nolasco, Anglada y Almudaina, hasta encontrar á espaldas de Santo Domingo la procesión del clero, á la cual se incorporó, adorado el *Lignum Crucis* que le presentó el obispo, continuando á caballo por temor de la gota. En la Seo, á cuyas puertas de la *Almoyna* y del *Mar* se habían erigido también suntuosos arcos, viéronse correr las lágrimas de sus ojos al cantar las devotas preces; y entró en el alcázar, despedida en el patio la brillante comitiva, para no salir ya de él, sino á misa en la catedral el domingo 16, en los cinco días de su permanencia (1).

Las atenciones y cuidados de la ardua empresa que acometía no le permitieron recibir más que una sola vez á los jurados, cuyas peticiones en beneficio del país escuchó benignamente; y al conocer los apuros interiores de la isla y la carestía de

(1) Paso á paso pueden seguirse las huellas de esta triunfal entrada, gracias á la relación escrita por el notario Juanote Gomis y publicada al año siguiente bajo el título de *la beneventurada vinguda*, etc., con toscos grabados en madera de arcos y diseños y gran copia de dísticos y hexámetros, sin mezcla ninguna de poesía indígena, aunque sí de cristianismo y mitología á estilo del renacimiento, obra de Juan Genovart, Jaime Romanyá, Juan Andreu y otros, que dan curiosa aunque no muy alta idea del estado de las artes y de la literatura en aquel tiempo.

aquel año, admiró seguramente más la abundancia y baratura de víveres en que rebosaban los mercados como en agua las fuentes, la hidalguía con que se proveyó al mantenimiento de tan copiosa armada y de tan espléndida corte, y las apariencias de bienestar y aun de grandeza que en opinión de sus gentes daban á Mallorca la preferencia sobre las capitales de Italia. Solicitó el jurado en jefe Caulellas extraer libremente de Sicilia doce mil salmas de trigo, que se limitaron á cuatro mil mediante empréstito otorgado al virrey de aquella isla por igual suma de ducados; y para poner orden en la tierra devastada por partidas de bandoleros que no dejaban rebaño con vida, pedía el restablecimiento del antiguo veguer forense, en quien descargara el gobernador tan ímproba tarea. En cambio fué aceptado el donativo ofrecido por refresco al soberano (1): cien caballeros se brindaron á seguirle tanto á pie como á caballo en la jornada. Con esto, recibidos en la capilla de palacio los santos sacramentos, y oída misa por segunda vez en la Seo, bajó al puerto el emperador en la mañana del 18 cabalgando en mula; y en medio de las bendiciones y votos de los mallorquines hízose á la vela aquella poderosa armada, seguida de ciento cincuenta velas de mayor porte (2), que las borrascas de precoz invierno llevaron á estrellar en las costas argelinas, de donde, dadas allí menos pruebas de sabia previsión que de magnánima fortaleza y de cristiana conformidad, regresó no más con treinta y siete galeras en 26 de Noviembre inmediato, ocultando su arribo al muelle, como por respeto á su desgracia, un

(1) Consistió el presente en cien vacas, doscientos carneros, doscientos pares de gallinas y siete de pavos, quinientos cuartanes de aceite, cuatrocientas medidas de vino, treinta cuarteras de harina candeal, veinte y cinco quintales de queso, cuatro de cera blanca, veinte barriles de alcaparras, veinte de aceitunas y otros tantos de agua de mirto.

(2) En ciento las computa el relato de la *Benaventurada vinguda* y en cincuenta las galeras, sin contar la flota de España que se quedó en Ibiza, compuesta de ciento veinte y cuatro naves de gavia y de diez y seis galeras, formando las dos escuadras reunidas trescientas velas. Iban en la armada de diez y ocho á veinte mil infantes, entre tudescos, italianos y españoles, y considerable artillería.

velo de oscura niebla. Apenas visto de nadie, sin turbar su dolor la ciudad con importunos festejos, marchó al segundo día tan de incógnito, que logró hacer olvidar á la historia el penoso contraste de entrambas visitas.

La inquietud fué creciendo en años posteriores: todo el poder de Carlos V no pudo asegurar á la isla una temporada de sosiego. La escuadra turca era la eterna pesadilla de los mallorquines, y cada momento se temía verla aparecer, combinada en nefanda liga con la del rey de Francia, para llevar en grande escala al interior de la mal guardada capital la devastación y el cautiverio que derramaban al por menor en las indefensas costas las galeotas berberiscas. No gente de guerra, no, que la juventud del país, decían los jurados, era animosa y decidida, y acaso la llegada de soldados de fuera no traería, además de dispendios y vejámenes, sino pendencias con los mal sufridos moradores; artillería y municiones reclamaban sobre todo, y dado que no les faltaba bronce, pues contaban con el de las campanas, mas sí fundidores y aparejo para fabricar la pólvora, pedían siquiera los cañones de los buques infieles, náufragos ó apresados, que ocupaba el real patrimonio, ú ofrecían por tres sacres procedentes de Palermo seiscientos ducados. En reparar el castillo de Bellver y los tres roqueros de Santueri, Pollensa y Alaró gastáronse cerca de mil libras, la mayor parte de ellas en el primero: del examen del lugarteniente Cervellón resultó débil la fortificación de Alcudia, pero más apremiaba remediar la de la antigua metrópoli, tan mal acomodada á las progresivas exigencias del arte militar, que se concibió levantarla toda de nueva planta. Á realizar tan colosal empresa no alcanzaba la fortuna del vecindario, y se trató de hacer extensivo el subsidio al brazo eclesiástico, excitando al cabildo y motivando más con esto la provisión de beneficios en los naturales, pues al obispo italiano que nunca había pisado la diócesis (1) y á sus paisanos

(1) Juan Bautista Campegio, que lo fué de Mallorca desde 1533 hasta 1559,

por él favorecidos con las prebendas, lo mismo se les daba del emperador que del francés. Principióse en 1544 á demoler casas y edificios contiguos á la muralla, y el más notable fué el reciente convento de Itria, cuyas piedras, ya una vez destinadas á erigir el patibulario rollo de Colom, sirvieron esta segunda para la cortina del nuevo baluarte, estableciéndose muros adentro los frailes agustinos en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia (1) á la que adosaron más tarde la del Socorro. Tocante á las obras de Alcudia se acordó que, puesto que gozaban de franquicia sus habitantes, pagasen la mitad de ellas, corriendo la otra mitad subdividida entre la ciudad y la parte forense. Reparábase por el mismo tiempo la fortaleza del puerto de Sóller, que recordaba con sus quiebras el triunfo en 1523 obtenido contra diez y seis galeras de Francia.

Sin descuidar no obstante los aparatos de defensa, y á pesar de la jactanciosa seguridad de bastarse á sí propios los defensores indígenas, no creyó por demás el gobierno imperial, y tal vez el virrey mismo, atender al aumento de guarnición; y á los trescientos cincuenta soldados traídos el año anterior por Andrés Doria, añadiéronse trescientos más, no todos españoles, cuyo salario y alojamiento se obligó la universidad á cubrir por talla, aunque consideraba poco menos que inútiles á los extranjeros. Si no llegó el caso de utilizar sus servicios, tampoco consta que hicieran sentir al país los excesos y desmanes que eran de temer de su indisciplina, y casi por milagro debe reputarse que no menudearan colisiones y reyertas entre ellos y los veci-

sin visitarla en los veinte y siete años, durante los cuales residieron en la isla como sufragáneos suyos, ejerciendo casi sin interrupción los pontificales y confirmando órdenes, fray Galcerán Cassanyach y fray Rafael Llinás, ambos carmelitas y obispos *in partibus* de Crisópolis, y últimamente el de Salamina, D. Francisco Salazar, con quien se desavino.

(1) Hoy de los Desamparados, en la cual es fama se daba antiguamente sepultura á los reos de muerte. Ignórase si con ella coexistió, ó si la precedió en el mismo sitio á corta diferencia cambiando de advocación, un pequeño oratorio de San Miguel, del cual se halla noticia en un documento de 1419.

nos, que consigo mismos en la ciudad y en los pueblos andaban en continua lucha: de agradecer fué sin duda esto á la cordura y solícita diligencia del egregio Felipe de Cervellón, en cuya prudente y firme autoridad descansaban las locales. Dábale que hacer, más que la vigilancia militar y el cuidado sobre la tropa, la represión de los alborotos y averiguación de los delitos que le llamaban sin reposo á Inca, Selva, Mancor, Sóller, Buñola, Valldemosa y Alaró, de 1542 á 1546, ya para disolver armadas partidas, ya para castigar alevosos homicidios; y á tal punto llegaron los crímenes de ciertos mozalbetes de familias nobles y tonsurados por añadidura, que sacándolos de la capilla de la Trinidad colocada en alto detrás del altar mayor de la Seo, los llevó al real castillo é hizo dar garrote á cuatro por facinerosos y enemigos de S. M. (1). Tanto como justiciero sin acepción de clases, mostróse compasivo y generoso con los cautivos, que en número de cincuenta se llevaron de Santanyí los moros, igualmente que de Estallenchs y Banyalbufar, empeñando para rescatarlos todo su oro y plata, ejemplo que consiguió bien pronto reunir dos mil escudos. No estaba reintegrado de su anticipo el piadoso virrey, cuando en 1547 á 24 de Setiembre terminó sus días (2), supliéndole durante año y medio, hasta que se presentara el sucesor, el caballero Miguel Sureda Sanglada, tan acreditado en la reducción de la germanía, á quien tal vez no costó menos que ésta su gobierno interino en circunstancias normales, según lo afanado que le trajo de villa en villa todo el 1548 el mantenimiento del orden. En Felanig se había asesinado al baile, en el monte de Randa acudían á juntarse los bandidos de la isla entera, en Campos, en San Juan, en Escorca se habían perpetrado muertes, en Selva ocurrían embestidas, en Campanet

(1) Prendióseles en 5 de Enero de 1545, según expresa un noticiario coetáneo que nombra á las personas, y no he podido averiguar más.

(2) Se le enterró en el convento de Jesús *extramuros* de Palma, donde trescientos años más tarde, en nuestros días, fué descubierta entera y acartonada su momia y trasladada á la capilla de la Catedral, hoy dedicada á San José.

gran choque y resistencia á la autoridad; y todavía los jurados se felicitaban de que se hubiese arbitrado un medio para corregir la frecuencia de los atentados, cual era cargar sobre los delincuentes el gasto de las expediciones judiciales, además del de las composiciones ordinarias, desahogando así al real patrimonio sobre el cual pesaba.

Mejor aún se dieron la enhorabuena, al llegar el lugarteniente en propiedad D. Gaspar Marrades valenciano, que en Abril de 1549 prestó juramento; y dos años después, en Abril de 1551, escribían no haber en el reino memoria de paz tan completa como la que gozaba desde la entrada del nuevo virrey, gracias á su prudencia y opinión adquirida sin derramamiento de sangre, no habiéndose presentado en todo aquel bienio caso alguno de muerte premeditada, y hasta desapareciendo los simples hurtos. Como á pesar de lo dicho consta que en 19 de abril de 1550 fueron ahorcados y descuartizados luego cuatro malhechores, dos de ellos de Pollensa, y al año siguiente ajusticiados en un mismo día nueve reos de graves delitos, habremos de suponer que estas sentencias recaían sobre añejas fechorías y rezagados procesos, y que los edictos que prohibían en carnaval los disfraces eran prevenciones de costumbre y no indicios de intranquilidad. Bien era menester en lo interior algo de sosiego y concordia para hacer frente á la piratería que acechaba sin cesar la costa, y prevenir si era posible sus ataques, ó reparar por lo menos sus estragos. Á pesar de la tregua acordada por el soberano con los argelinos, cuatro galeras ancladas delante del puerto prendieron otros tantos bergantines de Valencia con su tripulación y rico cargamento; y con el fin de cerrarles el abrigo de la Dragonera, se negoció con el obispo de Barcelona, de cuya pertenencia era el islote, la construcción de una torre en su cima. Pedíase á favor de Santanyí la condonación del diezmo, aplicando su importe á la terminación de la cerca que debía preservarla de otra catástrofe como la reciente: subvencionábase con cincuenta ducados al año una nave capi-

tana con tres ó cuatro menores, dispuestas á rechazar el enemigo. Pero la atención preferente, de común acuerdo de Marrades con los jurados, era la fortificación de la capital, que con general regocijo vino á trazar á principios de 1551 de orden de S. M. el conde Hugo de Contray flamenco, á punto en que llegaban nuevas de una armada de ciento cincuenta velas que preparaba en Constantinopla el gran turco para indemnizarse con la conquista de las Baleares de sus pérdidas en la costa de África. Á inspeccionar las obras hechas y las proyectadas envió el príncipe D. Felipe, por cuyo feliz regreso á la península se daban gracias al Señor en los templos, al comendador Girón y al general de las galeras de España D. Bernardino de Mendoza. Era vasto el recinto de la población, y por el lado de tierra se distribuyeron ocho baluartes, los mismos que andando el tiempo se fabricaron en la forma que hoy guardan: faltaba empero para guarnecerlos artillería, apenas suficiente á defender la muralla de mar que tenía también los suyos, á pesar de las modificaciones importantes que posteriormente ha sufrido; de la construcción del angular de sudeste se hizo cargo el clero, de donde tomó el nombre de bastión de los *Capellanes* y asimismo del *Príncipe* en memoria del que reinó más tarde con el de Felipe II. Pero no se trataba solamente de proveerse de cincuenta piezas, sino también de cinco mil picas y de mil arcabuces, con lo cual venía al fin á reconocerse la necesidad de brazos que hasta entonces se habían empeñado en negar nuestros jurados, y aún confesaban explícitamente en sentidas frases que si no pedían soldados era por carecer de recursos para mantenerlos (1).

(1) *Si teniam manera de pagar y sustentar soldats, escriben al príncipe en 28 de Abril. suplicariam á V. A. nos fés mercè de trametre'ns la gent de guerra que aparegués convenir á la necessitat; empero puy's á Nostre Senyor plau per nostres pecats no tenim tal disposició, remetem aquest pensament á la benignitat de S. M. y de V. A., stant aconortats que ab nostra mort suplirem lo que devem á S. M. é imposarem fi á nostres traballs.*